



Los intereses de los países sudamericanos

Alan Fairlie

Profesor de Economía de la PUCP

Octubre, 2005

Síntesis: Los países sudamericanos tienen diferentes prioridades, y eso lo reflejan en su proceso de integración a la CSN. Por ello hay que saber cuáles son los intereses de cada país para buscar una convergencia que nos lleve a la conformación de un real bloque internacional. En ese contexto, las instituciones ya existentes – como la CAN y el Mercosur- desempeñarán un rol fundamental para sustentar el proyecto y hallar soluciones a los posibles conflictos.

Las diferencias entre los países andinos también se manifiestan en las prioridades de la integración sudamericana en sus respectivas agendas. Por ello es importante revisar cuáles son sus intereses y ver cómo estos se ajustan a una real integración regional. En el presente artículo, haré una revisión de tales prioridades, específicamente con lo relacionado al proyecto de la Comunidad Sudamericana de Naciones, así como analizaré el rol que la Comunidad Andina (CAN) y el Mercado Común del Sur (Mercosur) desempeñan en este proyecto de integración.

Venezuela ha buscado y está implementando una alianza estratégica con Brasil y un acercamiento con Argentina y el Mercosur, en base a no sólo obras de infraestructura y proyectos en el sector energético. También, en la búsqueda de la creación de espacios y contrapesos mayores en la perspectiva de un mundo multipolar.

Venezuela presenta una propuesta de integración bolivariana (ALBA), que se contrapone a los acuerdos meramente comerciales o a los auspiciados en los tratados de libre comercio bilaterales impulsados por EEUU. En esa perspectiva, la Comunidad Sudamericana de Naciones tiene para ellos una gran prioridad, y se plantea como alternativa a otras zonas de libre comercio con EEUU o a nivel hemisférico en el ALCA.

Simultáneamente, Colombia y Perú -y en menor grado Ecuador (con la futura adhesión de Bolivia)-, negocian un Tratado de Libre Comercio (TLC) con Estados Unidos. Al mismo tiempo, han suscrito la Declaración del Cuzco de la Comunidad Sudamericana de Naciones, propiciado la convergencia de la Comunidad Andina y el Mercosur, y están convencidos de la necesidad de la implementación de infraestructura a través del IIRSA, la integración energética, fronteriza, en el espacio sudamericano.

Para estos países, serían perfectamente compatibles ambos procesos: los TLC con Estados Unidos y Europa, y la Comunidad Sudamericana de Naciones, desde una perspectiva de regionalismo abierto. Al mismo tiempo, Venezuela y Colombia han reactivado el G-3 con México, y Bolivia tiene como socios comerciales muy importantes a los miembros del Mercosur, a pesar que a la CAN exporta sus productos de mayor valor agregado (especialmente al Perú). Esto contrasta notablemente con el escaso peso relativo que el comercio con Mercosur tiene para Colombia y Perú, por ejemplo.

La gran interrogante es si todos estos procesos son convergentes, y si permitirán la eventual profundización de la Comunidad Andina (y de la Comunidad Sudamericana de Naciones) o si está en riesgo la propia viabilidad futura del acuerdo subregional.

Países como Perú y Bolivia tienen una vecindad geográfica con Brasil que se está fortaleciendo con el inicio y/o continuación de importantes obras de infraestructura.



Ambos países quieren jugar un rol de bisagra entre la CAN y el Mercosur, como facilitadores de la construcción de corredores bioceánicos y la proyección regional al Asia-Pacífico. Existe un importante potencial de desarrollo regional fronterizo entre estos países. Un liderazgo de Brasil, parece funcional a sus intereses nacionales.

En Colombia hay mayor reticencia. Les interesa el proyecto de Comunidad Sudamericana de Naciones, siempre y cuando el liderazgo brasilero no sea excluyente o entre en conflicto con sus aspiraciones geopolíticas en Centroamérica y el Caribe o su articulación con México. No están presentes los elementos articuladores que sus vecinos andinos tienen con el Brasil (por lo menos en la misma intensidad).

En el caso venezolano, la integración bolivariana es un componente ideológico central de su propuesta, así como su cercanía a países como Brasil, Argentina, y ahora Uruguay. La articulación con Brasil va más allá de la cuestión energética, y es compatible con sus intereses nacionales, aun cuando comparta con Colombia el interés de proyección geoestratégica en el Caribe y Centroamérica.

La Amazonía es otro eje articulador, donde los países andinos y el Brasil tienen una soberanía que quieren mantener. Es un tema estratégico de la mayor importancia, asociado a la biodiversidad y las reservas de agua dulce. Aquí hay un elemento de tensión con los intentos de internacionalización de este espacio, así como la explotación de sus riquezas impulsada infructuosamente – hasta el momento – por Estados Unidos.

La articulación energética en torno al petróleo y el gas, es otra posibilidad. Sin embargo, aquí hay algunos conflictos potenciales. Una alternativa es la articulación peruano-boliviana y la creación de polos energéticos con industrialización del gas y su exportación, combinando el desarrollo del mercado interno con el mercado externo. Otro es el que prioriza la exportación hacia México o países deficitarios del área, especialmente Chile, lo que puede entrar en contradicción con el desarrollo de los mercados internos de los países exportadores, dadas las reservas actualmente existentes.

Chile necesita urgentemente gas y agua para su región norte, pero tiene conflictos pendientes con Bolivia (salida al mar) y Perú (delimitación marítima). Estos problemas podrían resolverse en el contexto de una estrategia integral de integración sudamericana. Pero, salidas parciales que sólo beneficien a alguna de las partes involucradas, pueden ser el caldo de cultivo para un escalamiento de conflictos a nivel estatal en el futuro. Más aún, considerando que la importante adquisición de armas que viene realizando Chile en los últimos años y que proyecta hacer en el futuro, genera un desequilibrio estratégico con sus vecinos.

También hay una preocupación por una eventual “absorción” de la CAN por el Mercosur. Pero, ya se aprobó que recíprocamente los países del Mercosur también se asociarán a la CAN, lo cual por lo menos en la forma resuelve ese problema.

Otro tema central es el de las asimetrías y la distribución de los beneficios de la integración. Los países más pequeños del Mercosur, han tenido resistencia al proceso de convergencia con la CAN, por temor a perder sus márgenes de preferencia y el trato diferenciado que han tenido con sus socios mayores regionales. Con la decisión tomada en la última Cumbre Presidencial del Mercosur de crear un fondo estructural del US\$ 100 millones destinados a estos países, se comienza a establecer un mecanismo que responde (por lo menos como



gesto) a esas demandas concretas y si se perfecciona, puede allanar el camino de convergencia en el espacio sudamericano.

Otra dimensión del problema tiene que ver con el predominio económico o político que tendría en su construcción la Comunidad Sudamericana. El comercio con Mercosur para los andinos (a excepción de Bolivia) es marginal, y mantiene un saldo comercial deficitario con este bloque. Es previsible que el acuerdo de libre comercio y las obras de infraestructura en curso, generen un incremento significativo de los flujos intrarregionales.

La disyuntiva es si este crecimiento se dará a partir del fortalecimiento de cada bloque subregional, o de la creación de ejes bilaterales de comercio. O si la consolidación de los instrumentos estratégicos presentes en el proyecto sudamericano, se da a costa de un debilitamiento del Mercosur (como han señalado críticas argentinas al Brasil). También puede ocurrir que se intente consolidar el espacio sudamericano como una proyección del Mercosur, incluido su marco institucional, lo cual tendría limitaciones y serias críticas por parte de los socios andinos.

La dimensión política sería fundamental en la construcción de este espacio sudamericano, si logra coordinar posiciones y tener una voz en los diversos foros internacionales. Esto supone que se manejen adecuadamente las contradicciones internas que hemos señalado anteriormente. Pero, también implicaría replantear el rol que tienen instancias como la del Grupo de Río, y algunas Cumbres y diálogos presidenciales actualmente existentes.